

ALAIN BADIOU:
ORDEN Y ACONTECIMIENTO
Acerca de Logiques des mondes
de Alain Badiou

La filosofía francesa en el siglo xx estuvo marcada sobre todo por dos proyectos¹. Por cuestiones de simplicidad, podríamos distinguirlos con las denominaciones del «sujeto» y la «ciencia». Por una parte, los pensadores influenciados por la fenomenología y el existencialismo –Sartre, Fanon, Beauvoir, Merleau-Ponty– asumieron nociones más o menos radicales de libertad individual humana y sobre esa base intentaron formular modelos de compromiso colectivo militante que pudieran abordar las formas de opresión o dominación que limitan a los sujetos en una situación dada. Por otra, pensadores marcados por los nuevos procedimientos de las matemáticas y la lógica, y por la emergencia de nuevas ciencias humanas como la lingüística o la antropología, intentaron desarrollar métodos más adecuados para analizar los modos fundamentales en los que una situación podría «estructurarse en dominio». En la década de 1960 en particular, muchos pensadores llegaron a la conclusión de que la preocupación por el sujeto o por la libertad individual era en sí uno de los principales mecanismos que ayudaban a oscurecer el funcionamiento más profundo de la estructura impersonal e «inhumana», ya sea inconsciente, ideológica, económica, ontológica o de otro tipo.

Tal vez no sea exageración decir que, dejando aparte las diferencias obvias entre ellos, los pensadores franceses más significativos del último tercio del siglo xx –Deleuze, Foucault, Lacan, Derrida– intentaron desarrollar formas de pensamiento capaces de integrar, o al menos de acomodar, aspectos de estos dos proyectos; y eso, condicionado por un antihumanismo ampliamente «científico», podría descentrar pero no excluir sencillamente la función de un sujeto activo. Lo inmediatamente específico de la contribución de Alain Badiou a este esfuerzo es el incisivo radicalismo de su propia y peculiar síntesis sujeto-ciencia. Los elementos básicos del proyecto de Badiou son conocidos: renovar las nociones cuasisartreanas de proyecto y compromiso en términos compatibles con

¹ Agradezco a Alberto Toscano, Nathan Brown, Alenka Zupančič, Oliver Feltham, Quentin Meillassoux y Andrew Gibson sus útiles comentarios al primer borrador de este texto.

el análisis antihumanista de estructuras desarrollado por Althusser y Lacan y, quizá de manera más importante, con el formalismo científico o «matematizante» característico de la tradición epistemológica francesa. Pero, a diferencia de los demás grandes pensadores de su generación –nació en Rabat en 1937–, Badiou formula esta síntesis en el lenguaje inflexible y trasnochado de la *verdad*. El principal interés de Badiou ha sido el de proponer una noción de verdad que siga siendo igualmente cierta tanto en el sentido «científico» como en el «subjetivo». Una verdad debe ser universal y «eternamente» cierta, y, al mismo tiempo, depender sólo, en último término, de la determinación militante de los sujetos que la afirman.

Esto significa que la filosofía debería ocuparse de las consecuencias de verdades que son a un tiempo universales y excepcionales. La filosofía piensa verdades en plural, verdades que se producen en situaciones particulares, que empiezan por una revolución o un acontecimiento específicos, que son afirmadas por un grupo específico de sujetos y sostenidas frente a formas específicas de reacción o negación. Al «mantenerse fieles» a sus consecuencias, los partidistas militantes de dichas verdades les permiten persistir y eludir las normas de conocimiento y autoridad existentes, que, por lo demás, sirven para diferenciar, ordenar y estabilizar los elementos de su situación. Los descubrimientos de Galileo o Darwin, los principios defendidos por los revolucionarios franceses o haitianos, las innovaciones asociadas con Cézanne o Schoenberg, son los tipos de consecuencias que Badiou tiene en mente: perturbadoras y transformadoras, divisivas pero incluyentes, tan puntuales en su ocurrencia como de gran alcance en sus repercusiones.

Contra la tradición analítica convencional, que concibe la verdad desde el punto de vista del juicio o la cognición, tanto en contra de Kant como de Aristóteles, Badiou siempre ha insistido (siguiendo a Platón, Descartes, Hegel) en que la creación material y activa de verdad no es reducible a una «capacidad de juicio cognitivo» meramente lógica, lingüística o biológica². Dentro de una situación, una verdad es la producción inmanente de una indiferencia genérica e igualitaria a las diferencias que (previamente) estructuraban esa situación. Quizá las nociones generales más importantes que subyacen a esta filosofía de la verdad son la *fidelidad* y la *inconsistencia*. Por variadas que sean las circunstancias de su producción, una verdad siempre implica una fidelidad a la inconsistencia. La tensión semántica entre estos términos sólo es aparente. Fidelidad: un compromiso de principios, sostenido de diversas formas, con las repercusiones infinitas y universalizables de un acontecimiento perturbador. Inconsistencia: la suposición, ocasionada por diversas razones, de que dicha perturbación toca al propio ser del ser. La inconsistencia es la base ontológica, por

² Alain Badiou, «Philosophy, Sciences, Mathematics: Interview with *Collapse*», *Collapse* 1 (2006), p. 21.

así decirlo, de una apuesta determinada por la orientación y por el destino infinitamente revolucionarios del pensamiento. La fidelidad es la disciplina subjetiva necesaria para sostener este destino y así afirmar una «inmortalidad» que Badiou asocia sin reparos con el legado de san Pablo y Pascal. La inconsistencia es lo que hay, y la fidelidad es una respuesta a lo que ocurre, pero sólo siendo fiel a las consecuencias de lo que ocurre podemos pensar la verdad de lo que hay. En todos los casos, «la verdad de la situación es su inconsistencia» y «una verdad no recibe su respaldo de la consistencia sino de la inconsistencia»³.

Considerar que el ser de una situación es inconsistente en lugar de consistente es considerarlo una multiplicidad anárquica y literalmente impresentable. Badiou plantea el ser como la proliferación de la multiplicidad o la diferencia infinitas, y no como la manifestación ordenada de seres estables e idénticos a sí mismos. Por razones explicadas en *L'être et l'évènement [El ser y el acontecimiento]* (1988), la premisa de la ontología de Badiou es que el filo innovador del pensamiento moderno, cuando se confronta con la alternativa antigua de «uno» o «múltiple» como cualidad más abstracta y más fundamental del ser, ha decidido a favor de lo múltiple. (Esta decisión supone de inmediato, explica a continuación Badiou, que la propia ontología debería identificarse con la única disciplina capaz de pensar en la multiplicidad propiamente dicha: la matemática posterior a Cantor). En lo que al discurso del ser se refiere, dado que lo múltiple tiene prioridad sobre el uno, cualquier concepción de un ser en cuanto *un* ser es en sí secundaria. La unidad es el resultado derivado de una operación unificadora o identificadora realizada sobre un ser que en sí carece de unidad o identidad, es decir, que inconsistente⁴. Badiou admite que sólo podemos experimentar o *saber* lo que se nos presenta como consistente o unificado, pero a veces puede ocurrir, tras un acontecimiento efímero o excepcional, que tenemos la oportunidad de *pensar* en la inconsistencia de lo que hay y mantenernos fieles a ella.

I

El argumento fundamental de la filosofía de Badiou es que, en cualquier situación dada, sólo los sujetos fieles a las repercusiones de un acontecimiento pueden pensar la verdad de lo que hay en esa situación. La inconsistencia es una categoría de la verdad, no el conocimiento ni la experiencia. Con la publicación de la tercera gran obra filosófica de Badiou, *Logiques des mondes. L'être et l'évènement, vol. 2 [Lógicas de los mundos. El ser y el acontecimiento, vol. 2]* (2006), podemos ahora distinguir tres

³ Alain Badiou, *Manifeste pour la philosophie*, París, 1989, p. 90 [ed. cast.: *Manifiesto por la filosofía*, Madrid, 1990]; *Petit manuel d'esthétique*, París, 1998; *Infinite Thought. Truth and the Return to Philosophy*, Londres, 2003, pp. 77-78.

⁴ Alain Badiou, *Being and Event*, Londres, 2005, pp. 53-55 [ed. cast.: *El ser y el acontecimiento*, Buenos Aires, 1999].

etapas amplias en el desarrollo de este argumento⁵. Lo que hay en juego en cada fase es un concepto de verdad que articula, con la mediación de su sujeto, una práctica de la fidelidad y una evocación de la inconsistencia. Lo decisivo en cada fase es la intervención activa de este sujeto. El modo en el que Badiou presenta y sitúa dicha intervención, sin embargo, ha evolucionado considerablemente.

En la década de 1970, fiel a las consecuencias en curso de Mayo del 68 en Francia y de la Revolución cultural en China, la orientación de Badiou era ampliamente política e histórica. El proyecto maoísta todavía en marcha seguía siendo un punto de referencia central. Desde esta perspectiva, las masas rebeldes podían entenderse como la materialización histórica de la inconsistencia. En la primera de las grandes obras de Badiou, *Théorie du sujet* (1982), las masas figuran como el término dinámico, inventivo y «en extinción» de la historia, una causalidad evanescente que llega a «consistir» en la medida en la que un partido marxista-leninista bien organizado es capaz de purificar y sostener la fuerza revolucionaria de su erupción. Fue en el cambio del movimiento inconsistente de las masas como causa histórica a la consistencia de un partido político capaz de mantener una «confianza» militante en dicho movimiento donde el primer Badiou encontró «la trayectoria de un materialismo convencido»⁶.

A comienzos de la década de 1980, enfrentado al naufragio histórico del maoísmo real, Badiou cambió su marco de referencia fundamental de la historia a la ontología. En su obra más importante hasta la fecha, *El ser y el acontecimiento*, la inconsistencia pasa a caracterizar el ser impresentable de todo lo que se presenta. En lugar de evocar un movimiento histórico evanescente, la inconsistencia se entiende ahora como el propio ser del ser, con la condición de que estrictamente *nada* pueda presentarse o concebirse de dicho ser. Ésta es la premisa que rige la ontología matemática de Badiou, cuya versión esquemática se desarrolla como sigue.

La suposición inicial es que todo pensamiento y toda acción tienen lugar en situaciones específicas y distintivas. La definición más general de una situación la proporciona la analogía con la teoría matemática de conjuntos, por la cual una situación puede definirse simplemente como el presentar u «omitir» elementos que pertenecen a un conjunto determinado (por ejemplo, el conjunto de estudiantes franceses, el conjunto de ciudadanos turcos, de cosas vivientes, de galaxias, de números enteros, etc.). Lo que estructura una situación puede, por consiguiente, describirse como el conjunto de criterios y operaciones que permiten que un elemento cuente como miembro de esa situación (por ejemplo, contar como estudiante

⁵ Alain Badiou, *Logiques des mondes. L'être et l'évènement*, vol. 2, París, 2006 [ed. cast.: *Lógicas de los mundos. El ser y el acontecimiento*, 2, Buenos Aires, 2008].

⁶ Alain Badiou, *Théorie du sujet*, París, 1982, p. 243; el libro se escribió principalmente a finales de la década de 1970.

o como francés). Así definida, una situación sólo puede presentar elementos consistentes; elementos que consisten o se mantienen unidos como *un* elemento. Esta unidad o consistencia, sin embargo, figura aquí como *resultado* de la operación que estructura el conjunto en cuestión. Esto significa que la unidad o consistencia no es en sí una cualidad ontológica primordial, e implica que la operación unificadora o estructuradora específica de cada situación es aplicable a un material que en sí no está unificado ni estructurado, es decir, que es inconsistente. Todo lo que puede presentarse de dicho ser inconsistente, sin embargo, desde el interior de los límites de la situación, es que no cuenta para nada de acuerdo con los criterios de la situación. Lo que figura como nada o «vacío» presentará así inconsistencia «de acuerdo con una situación»⁷. En la situación de una teoría de conjuntos (la situación que presenta o cuenta ejemplos de contar propiamente dichos), la inconsistencia adopta la forma de un conjunto literalmente vacío, un conjunto nulo o vacío, que cuenta como cero. Por analogía, en la situación del capitalismo, una situación que sólo cuenta beneficios y propiedad, lo que equivale a nada sería una humanidad proletaria.

Aunque la inconsistencia así concebida no puede ya ejercer siquiera una fuerza causal evanescente en un mundo histórico, en ocasiones una combinación de casualidad y ámbito de fragilidad estructural en una situación puede permitir su indicación efímera. Dicho «acontecimiento» (los ejemplos de Badiou incluyen revoluciones políticas, encuentros amorosos, inventos científicos o artísticos) evoca el ser inconsistente de los elementos de una situación: el ser puramente múltiple que, de acuerdo con lo que cuenta para esa situación, no cuenta para nada. Los sujetos fieles a las repercusiones de tal acontecimiento pueden con posterioridad diseñar, paso a paso, un modo nuevamente igualitario de reordenar o representar los términos de la situación en consonancia con lo que verdaderamente son. En el paso de *Teoría del sujeto* a *El ser y el acontecimiento*, el punto de referencia ontológico cambia, por así decirlo, de las masas al vacío.

Esta nueva articulación del ser y el acontecimiento permitió a Badiou mantener, si no reforzar, su inflexible insistencia en la suficiencia y en la integridad eternas de la verdad, y hacerlo en términos en apariencia impermeables a la traición o a la decepción históricas. El autor de *El ser y el acontecimiento* eludió así el destino de tantos hasta entonces entusiastas de Mayor del 68, sobre todo esos ultraizquierdistas cuya posterior conversión en los *nouveaux philosophes* reaccionarios sigue proporcionando a Badiou la paradigmática encarnación de una infidelidad política que él asocia, en otros contextos, con Termidor o Pétain⁸.

El ser y el acontecimiento fue una de las obras filosóficas más originales y atractivas escritas en el siglo xx. Permitted a Badiou conservar una teoría

⁷ A. Badiou, *Being and Event*, cit., p. 56.

⁸ Véase la entrevista de Eric Hazan a Badiou, publicada también en este número de *NLR*.

postsartreana de la subjetividad militante en términos que hacían pocas concesiones a la atmósfera ambiental de humildad y derrota. Le permitió articular una teoría de cambio basado en el acontecimiento que rechazaba el «fin de la historia» hegemónico liberal, además de desinflar cualquier suscripción cuasirreligiosa de la llegada mesiánica de una alteridad trascendental. Además, le permitió ampliar el enfoque principalmente político de sus primeras obras para convertirlo en una teoría plenamente desarrollada de las *verdades* en plural, una teoría que podría también aplicarse a las formas de la ciencia, del arte y el amor, todo entendido en términos que permitían sustraerles rigurosamente la verdad de cualquier mero conocimiento del estado de cosas dominante.

El precio que hubo que pagar por esta reorientación ontológica del proyecto de Badiou fue, sin embargo, considerable. Aunque la ecuación de ontología y matemáticas le permitió lanzar un reto radical contra concepciones del ser más conocidas (como las de Heidegger o Deleuze), su fundamento literal en el vacío parecía eliminar cualquier relación significativa entre el ámbito ontológico y el óntico, entre el ser en cuanto *ser* y el *ser* en cuanto *seres*. Proporcionaba claridad y distinción en un espacio en el que muchos otros pensadores habían preferido acudir a la religión o al arte, pero a costa de volver el discurso del ser completamente abstracto. Sirvió para reducir el alcance de la ontología del estudio de qué y cómo algo es a una manipulación de las consecuencias que derivan de la afirmación *eso es*. Concebir el ser o la presentación de una persona (o una partícula, un planeta, un organismo) como conjunto matemático puede, por definición, no decirnos nada sobre la existencia empírica o material –y mucho menos histórica o social– de dichos seres. La definición de la situación adaptada del modelo matemático de un conjunto la redujo a una presentación elemental o recopilación de unidades o términos, y dicha definición no presta atención a las relaciones que podrían estructurar la configuración o el desarrollo de dichos términos, por ejemplo las relaciones de enfrentamiento o solidaridad. De igual modo, la definición teórica de conjuntos que considera un acontecimiento como un subconjunto de su situación anómalo, incierto y efímero (un conjunto que momentáneamente se presenta a sí mismo y a esos elementos que no tienen nada en común con el resto de la situación), parecía primar un enfoque abrupto, si no casi «milagroso», de la mecánica del cambio histórico. En resumen, la nueva teoría planteada por Badiou de un sujeto sustraído de toda mediación convencionalmente «objetiva» –la teoría de lo que él en 1989 denominó un «sujeto por fin sin objeto»⁹– parecía implicar también una especie de sustracción de los dominios de la historia y de la sociedad. Siguiendo los pasos de Platón y Descartes, Badiou había garantizado el dominio de la verdad, pero con el coste evidente de abstraerla de la mediación a través de la configuración sociohistórica de un mundo. Tratándose de un autor que intenta afirmar una «dialéctica materialista», ésta parecería una pérdida significativa.

⁹ A. Badiou, «D'un Sujet en fin sans objet», *Cahiers Confrontations* 20 (1989).

Mundos objetivos

Lógicas de los mundos, concebido como continuación de *El ser y el acontecimiento* –de hecho, su subtítulo recoge este mismo título añadiéndole *volumen 2*–, se escribió para solucionar estas cuestiones y otras relacionadas. Guiado por el trabajo reciente en teoría de la categoría y en geometría algebraica (notablemente la teoría de los *topoi* y la teoría de haces), buena parte de *Lógicas de los mundos* consiste en un intento de aportar nuevas formulaciones precisamente de esos temas excluidos por la orientación ontológica de *El ser y el acontecimiento*: existencia, objeto, relación, mundo¹⁰. Como su título sugiere, el objetivo del nuevo libro es el de proporcionar una explicación de un «mundo» entendido no simplemente como conjunto o colección de elementos sino como dominio variable de coherencia lógica e incluso «fenomenológica», un dominio cuyos elementos parezcan normalmente «reunirse» de un modo relativamente estable. Complementa una explicación del ser en cuanto ser basada en la teoría de conjuntos con una explicación topológica del «estar *allí*»: una explicación de cómo un ser llega a aparecer más o menos discernible en un mundo determinado, o «cómodo» en ese mundo.

La intuición que rige *Lógicas de los mundos* es que el ser siempre y simultáneamente *es y está en alguna parte*. Badiou conserva su apego a la ontología basada en la teoría de conjuntos de *El ser y el acontecimiento*, tal que ser es ser múltiple (y no uno), pero ahora necesita demostrar que los ejemplos de ser múltiple podrían aparecer a modo de objetos situados de un mundo. Dado que (por razones demostradas en *El ser y el acontecimiento*) no puede haber un «todo» universal del ser, cualquier ser siempre está en una localización específica. El proceso por el cual un ser llega a localizarse «ahí» o en «alguna parte» es un proceso que Badiou equipara al «aparecer» o a la «existencia» de ese ser. Al entender el aparecer/la existencia en un sentido geométrico o topológico y no de perspectiva, Badiou puede presentar su nueva lógica como un ejercicio de fenomenología «objetiva» y no «subjetiva»: el objetivo es comprender de qué modo un ser determinado aparece como «determinación intrínseca» de su ser propiamente dicho, y no como resultado, bien de una correlación trascendental de sujeto perceptor y objeto percibido, por una parte (siguiendo a Kant o Husserl), bien de una correlación más experimental de un *Dasein* y su mundo cotidiano, por otra (siguiendo a Heidegger o Sartre)¹¹.

¹⁰ A modo de introducción de la gama de material matemático aquí en cuestión, véanse, por ejemplo, Saunders Mac Lane e Ieke Moerdijk, *Sheaves in Geometry and Logic. A First Introduction to Topos Theory*, Berlín, 1992, o Robert Goldblatt, *Topoi. The Categorical Analysis of Logic*, Nueva York, 1984.

¹¹ A. Badiou, *Logiques des mondes. L'être et l'évènement*, vol. 2, cit., pp. 111-112, 185, 239-240; cf. A. Badiou, *Court traité d'ontologie transitoire*, París, 1998, pp. 191-192 [ed. cast.: *Breve tratado de ontología transitoria*, Barcelona, 2002].

Aunque la «base infundada» de la inconsistencia sigue siendo ontológica, Badiou puede ahora proporcionar un análisis detallado de cómo una verdad invalida la lógica misma de un mundo transformando las normas que regulan el modo de aparecer de las cosas: de qué modo diferentes elementos de un mundo parecen más o menos discernibles, significativos o «intensos». Una nueva verdad aparece en un mundo haciendo inconsistir las viejas normas de aparición de ese mundo: cuando tras un acontecimiento «el ser parece desplazar su configuración ante nuestros ojos, siempre es a expensas del aparecer, mediante el desplome local de su consistencia, y, por lo tanto, en la cancelación provisional [*résiliation*] de toda lógica». «Lo que aflora entonces a la superficie –continúa Badiou–, desplazando o revocando la lógica del lugar, es el propio ser, en su temible y creativa inconsistencia, o en su vacío, que es el sin-lugar de todo lugar»¹². Como en el trabajo previo de Badiou, la disciplina de la fidelidad es, por tanto, lo que se requiere para permitir que una representación de esta inconsistencia consista como base de una configuración nuevamente ordenada de un mundo. Mediante la fidelidad a las consecuencias de un acontecimiento, lo que parecía mínimamente intenso o existente puede ahora llegar a imponer toda una nueva lógica del aparecer. Uno de los ejemplos políticos más claros de Badiou en *Lógicas de los mundos* es la Comuna de París, una secuencia que él analiza en consonancia con la familiar exhortación de *La Internacional* [«los nada de hoy todo han de ser»].

Si en relación con *Théorie du sujet* el giro matemático de la década de 1980 suponía un enfoque más abstracto de las situaciones históricas y de los acontecimientos políticos, *Lógicas de los mundos* marca un retorno parcial a anteriores preocupaciones de Badiou, al proporcionar un análisis en apariencia más sustancial de los mundos objetivos, una caracterización más desarrollada del sujeto y un enfoque más «materialista dialéctico» de las consecuencias de un acontecimiento. He aquí una nueva concepción del mundo que parecería completamente organizada en consonancia con la famosa prescripción de Marx: lo importante no es interpretar-lo, sino cambiarlo.

II

Como su predecesor, el segundo volumen de *El ser y el acontecimiento* se presta a cierta cantidad de hipérbole. Nada similar se ha publicado jamás en Francia. Su objetivo es el de proporcionar nuevas respuestas a preguntas antiguas y tan variadas como la definición más general de un objeto o los significados de la muerte y de la «vida inmortal». Empieza con un ataque contra la tolerancia hipócrita de nuestro predominante «materialismo democrático» (el mundo de un hedonismo autosatisfecho pero paranoico, un mundo que no reconoce más que una pluralidad relativista de «cuerpos y lenguajes») y acaba apelando a los «arcanos» puros de la

¹² A. Badiou, *Court traité d'ontologie transitoire*, cit., p. 200.

idea excepcional. En el espacio de unas cuantas páginas, el lector puede pasar de una seca discusión sobre uno de los argumentos más delicados de la teoría de haces a una celebración rotunda del compromiso heroico. Escrito en un estilo alternativamente impersonal y exuberante, sus capítulos centrales están salpicados de densamente ilustradas demostraciones formales de algunos de los teoremas más imponentes de la lógica matemática contemporánea. Sus más de 600 páginas están llenas de un asombroso número y gran diversidad de ejemplos y análisis, desde la música de Webern a la contribución de Galois a la teoría de números o la disposición arquitectónica de Brasilia (por no decir nada de nuevas y sustanciales discusiones sobre pensadores canónicos como Leibniz, Kant, Hegel, Kierkegaard, Lacan y Deleuze). El marco de referencia es tan amplio como para incluir las pinturas rupestres de Chauvet y la estrategia militar de Mao en Jiangxi. Detalladas ilustraciones de los argumentos planteados de pasada hacen referencia, de manera económica e ingeniosa, a textos de Virgilio, Valéry, Maeterlinck, Rousseau, Gracq y Sartre. *Lógicas de los mundos* es también la más personal de las obras filosóficas de Badiou, y el tenor de muchos de sus pies de página es más biográfico que bibliográfico. Si el registro dominante en *El ser y el acontecimiento* es clásico y abstracto, *Lógicas de los mundos* lleva el trabajo de la concreción compleja hasta los límites de un exceso neobarroco.

Dicha complicación es aplicable, de la manera más obvia e inmediata, a dos de los intereses fundamentales de Badiou: el acontecimiento y el sujeto. En lugar de asumir una distinción estricta entre la innovación «histórica» y estancamiento «natural», Badiou equipara ahora un mundo con la suma de sus automodificaciones graduales y continuas. Como las verdades que posibilitan, los acontecimientos siguen siendo ocurrencias enfáticamente excepcionales, pero Badiou ha adquirido operadores lógicos que tienen en cuenta la distinción formal entre un acontecimiento *per se* y otras formas de transformación o cambio. En resumen, distingue entre una *modificación* normal (que es el modo ordinario en el que aparecen los objetos de un mundo), un *hecho* (una novedad genuina pero relativamente insignificante), una *singularidad* (una novedad que aparece «intensamente» pero tiene pocas consecuencias) y un *acontecimiento* propiamente dicho (una singularidad cuyas consecuencias llegan a aparecer tan intensa o influyentemente como es posible). Un acontecimiento figura ahora nada menos que como el comienzo de un proceso que permite revaluar por completo las «evaluaciones trascendentales» que rigen el modo en el que las cosas aparecen en un mundo. Hablando en términos generales, un acontecimiento activa un proceso por el cual lo que una vez parecía nada llega a parecerlo todo; el proceso por el cual, paradigmáticamente, los pobres de la tierra podrían llegar a heredarla.

Más importante quizá, Badiou puede también empezar ahora a abordar una cuestión que no podría plantearse fácilmente dentro del marco de *El ser y el acontecimiento*: la de cómo la configuración de un mundo puede fomentar o disuadir la ocurrencia inminente de un acontecimiento. Uno de los ca-

pítulos más atractivos del libro analiza elaboradamente de qué modos el tejido lógico de un mundo puede ser penetrado por un número mayor o menor de «puntos» localizados con precisión. Un punto es un emplazamiento «aislado» en el que, en principio, es posible filtrar la complejidad por lo demás infinitamente ramificada de un mundo a través del equivalente lógico de una «decisión» binaria¹³. Un punto es un lugar en el que la participación en un mundo puede polarizar en un simple sí o no, a favor o en contra, hacia atrás o hacia delante, etcétera. Un mundo marcado por dichos puntos –por ejemplo, alterado por un descontento semirrevolucionario– es un mundo cuyo desorden objetivo se presta a una intervención acontecimental. Un mundo átono o sin sentido, por contraste (por ejemplo, el mundo en apariencia estable y ordenado de nuestro predominante «materialismo democrático»), es un mundo en el que los ámbitos de posible intervención siguen siendo pocos y separados entre sí. La evaluación «preacontecimental» de un mundo, en otras palabras, puede ahora tener una función que desempeñar en la preparación de una verdad posacontecimental. Por deducción, Badiou quizá esté hoy más dispuesto que antes a reconocer que el análisis crítico de la ideología y la hegemonía puede tener algo que aportar a la búsqueda de la justicia o de la igualdad¹⁴.

Sujetos vivientes

Badiou continúa entendiendo que el sujeto persigue cosas tales como un proceso primariamente «formal» que mantiene las consecuencias lógicas de un acontecimiento. Matiza la versión anterior de su teoría del sujeto, sin embargo, en dos aspectos importantes. En primer lugar, reconoce ahora que un acontecimiento puede suscitar una gama más compleja de respuestas que la simple conversión o el rechazo. Además de la afirmación activa sostenida por un sujeto que desarrolla sus consecuencias, un acontecimiento puede provocar de igual modo negación o destrucción activas. La primera es característica de esos sujetos reaccionarios que reafirman su compromiso con la situación dominante insistiendo en la futilidad o en la criminalidad de los intentos de cambiarla (Badiou evoca Termidor y a neotermidorianos como François Furet). Los sujetos calificados de «oscuros» u «oscurantistas» van más allá, e intentan destruir la posibilidad misma de que se produzca un nuevo acontecimiento basándose en una lealtad dogmática a un superacontecimiento originario (entre los ejemplos se encuentran el estalinismo y el fundamentalismo religioso). Un acontecimiento cuyas repercusiones se olvidan o niegan tal vez sea siempre revivido, por último, por el sujeto que se dedica a su «resurrección» o renovación.

La segunda matización tiene mayor alcance, y los pasos requeridos para llevarla a cabo son los que organizan el libro en su totalidad. Aunque el

¹³ A. Badiou, *Logiques des mondes. L'être et l'évènement*, vol. 2, cit., pp. 421-423, 432-433.

¹⁴ Véase, por ejemplo, Alain Badiou, *De quoi Sarkozy est-il le nom?*, París, 2007, p. 151.

sujeto es ante todo una respuesta formal a la repercusión de un acontecimiento, Badiou reconoce que, para que los efectos de una verdad aparezcan en un mundo y lo transformen, su sujeto mismo debe «vivir» en ese mundo. Para aparecer en un mundo, un sujeto debe tener un «cuerpo», con los órganos especializados que pueda necesitar para desplegar las consecuencias de su verdad.

La idea de cuerpo puede suscitar malentendidos. El tipo de cuerpo que Badiou tiene en mente no es necesariamente orgánico, y sus ejemplos incluyen ejércitos, organizaciones políticas, grupos de obras artísticas o conjuntos de resultados científicos. Quizá los ejemplos más intuitivos son los militares: la organización por Mao Zedong de un nuevo y disciplinado «ejército rojo» a finales de la década de 1920, o la revuelta de esclavos de Espartaco en el siglo I antes de nuestra era. El principio formal de esta última secuencia, por ejemplo, fue una insistencia en la libertad y la determinación de los esclavos cautivos de Roma de volver a sus hogares. El cuerpo que se desarrolló tras el levantamiento originalmente pequeño de los gladiadores de Capua en el 73 a.C. fue un ejército capaz de derrotar a las legiones romanas en batalla abierta; la especialización militar de este cuerpo (la diferenciación de «órganos» capaces de manejar suministros, movimiento, organización, mando) solucionaba algunos problemas al tiempo que evitaba otros. Para superar la negativa o la ocultación reaccionarias, este nuevo cuerpo estaba obligado a afrontar una serie de «puntos» decisivos situados en coyunturas específicas a lo largo de su itinerario por el mundo de la esclavitud romana: los nuevos «combatientes por la libertad» tenían que decidir si permanecer en Italia para saquear o huir hacia el norte, a la Galia; si permanecer unidos con sus familias; si dividirse en varios subejércitos o buscar refugio en el norte de África, etcétera. La crucifixión literal de los supervivientes de este cuerpo sería seguida a su debido tiempo por su resurrección metafórica en forma del «Espartaco negro» de Haití (Toussaint L'Ouverture) y de los espartaquistas revolucionarios de Alemania.

Entendido de esta forma, participar en la afirmación de una verdad supone, en cualquier mundo determinado, la incorporación activa al cuerpo de sujetos, o *corps*, de esa afirmación. Dicha incorporación proporciona a Badiou las definiciones de una verdadera vida material. Esto supone una determinación de ser «incorporado a una verdad»: «vivir es participar, punto por punto, en la organización de un nuevo cuerpo en consonancia con lo requerido por un formalismo subjetivo fiel»¹⁵. Más exactamente, como Badiou explica en la conclusión de *Lógicas de los mundos*, vivir es: asumir las repercusiones perturbadoras de un acontecimiento que permite que lo que hasta entonces ha «inexistido» como mínimamente aparente aparezca por el contrario con máxima intensidad; subordinarse a la disciplina de un «cuerpo de verdad» nuevo y emergente; reconocer que el

¹⁵ A. Badiou, *Logiques des mondes. L'être et l'évènement*, vol. 2, cit., p. 44.

desarrollo infinitamente laborioso de dicho cuerpo debe proceder «punto por punto»; apreciar que la formación de dicho cuerpo no tiene más necesidad que su propia determinación de crearse e imponerse; comprender que dicha autoimposición creativa es la única fuente de criterios adecuada para juzgar la validez y la «vitalidad» de una verdad. Dado que todo ser humano vive en muchos mundos y disfruta de muchas oportunidades de incorporación, los humanos son, por consiguiente, el único animal que puede aspirar a una vida verdadera, es decir, eterna o inmortal.

Afirmar una noción tan drástica de nuestra verdadera vida, señala Badiou, no supone nada más (ni nada menos) que renovar afirmaciones especulativas familiares: «Platón: la filosofía es un despertar, la vida ordinaria no es más que un sueño. Aristóteles: debemos vivir como inmortales. Hegel: el absoluto funciona a través de nosotros. Nietzsche: debemos liberar el superhombre que hay en el hombre»¹⁶.

III

Para dar a esta explicación de la incorporación subjetiva el rigor que requiere para ser compatible con su ontología matemática, Badiou necesita también desarrollar una teoría adecuadamente matematizada de la existencia «objetiva» o «aparente» (o corpórea). Más que resaltar la suficiencia formal de un «sujeto por fin sin objeto», tiene que demostrar que un cuerpo subjetivo puede aparecer a modo de *objeto* orientado a una verdad o animado por una verdad. Más en general, tiene que demostrar que ejemplos abstractos de ser múltiple podrían considerarse de hecho *seres* múltiples.

Si bien es una determinación intrínseca del ser que *esté ahí*, o que aparezca (localmente), no obstante no es exactamente el ser en cuanto ser propiamente dicho lo que aparece: lo que aparece del ser puro es una cualidad particular del ser, a saber, la *existencia*. Gracias a la ecuación de ontología y teoría de conjuntos, el puro ser en cuanto ser es en esencia una cuestión de cantidad y determinación unívoca: algo es o no es, sin grado intermedio. La existencia, por contraste, es precisamente una «cualidad» del ser, una cuestión de «intensidad» relativa o grado. Algo es si pertenece a una situación, pero *existe* (en un mundo que manifiesta algo de esa situación) siempre en mayor o menor medida, dependiendo de lo intensa o distintivamente que aparezca en ese mundo. Podríamos decir, por ejemplo, que, si bien muchas cosas pertenecen al mundo de Estados Unidos, este último está normalmente dispuesto de modo que ciertas cosas distintivamente «americanas» —la libertad de expresión, los pioneros, la propiedad privada, el béisbol, las autopistas, la comida rápida, las casas móviles, los hombres que se hacen a sí mismos— parecen existir con más intensidad que otras, dudosamente «antiamericanas»: los

¹⁶ Alain Badiou, «Some Replies to a Demanding Friend», en Peter Hallward (ed.), *Think Again. Alain Badiou and the Future of Philosophy*, Londres, 2004, p. 237.

inmigrantes «no asimilados», los comunistas, los partidarios de Hezbolah o Hamás, por ejemplo.

En un estilo típico de *Lógicas de los mundos*, Badiou sostiene que la formulación de una teoría lógica completa del aparecer no requiere más que tres presupuestos u operaciones simples. En cualquier mundo dado, él plantea que debe ser posible: especificar su grado de aparecer mínimo, su grado cero (es decir, un grado en el que no tiene nada en común con ningún otro); unir o comparar los grados del aparecer aplicables a dos o más elementos de ese mundo, y envolver los grados de aparición de dos o más seres. (En otras partes de *Lógicas de los mundos*, Badiou llega a demostrar que el resto de la lógica convencional, tal como las operaciones de cuantificación, implicación o negación, podría derivarse de estos procedimientos elementales. La negación material de un elemento X dado, por ejemplo –y la cuestión de cómo podría «aparecer» la negación en sí ha planteado problemas significativos a los filósofos, desde Platón a Kant o Sartre–, puede entenderse aquí simplemente como el envoltorio sintético de todos esos otros elementos que no tienen nada en común con ella)¹⁷.

Una lógica mayor

El esfuerzo por diseñar una teoría viable de la existencia basándose en estos presupuestos da forma a los capítulos centrales de *Lógicas de los mundos*, que, siguiendo a Hegel, Badiou agrupa bajo el ambicioso título de «lógica mayor». A ésta le asigna cuatro tareas generales: en primer lugar, la de describir el régimen trascendental que sirve para diferenciar la posible gama de grados distintivos de existencia o del aparecer característicos de un mundo dado; en segundo lugar, demostrar que estos criterios de aparición o existencia se conectan con elementos específicos pertenecientes a ese mundo para así constituir los «objetos» que lo pueblan; en tercer lugar, sugerir cómo podría esta conexión ejercer además un «efecto retroactivo» sobre el propio ser de estos elementos; y por último, demostrar que las relaciones que después pueden obtenerse entre los objetos intramundanos no hacen nada para alterar o afectar al ser o a la existencia de los objetos en sí. Una lógica adecuada para estas tareas explicará, sugiere Badiou, por qué el ser es inconsistente pero (casi) siempre *aparece* como consistente.

El modo en el que Badiou afronta el primero de estos retos determina el enfoque que da a los otros. Mientras que Kant asociaba las condiciones trascendentales de la experiencia con las invariables limitaciones de un sujeto humano abstracto, lo que Badiou llama lo «trascendental» de un mundo dado es completamente inmanente a la configuración objetiva de dicho mundo. Badiou supone que cada mundo está equipado con dicho

¹⁷ A. Badiou, *Logiques des mondes. L' tre et l'évènement*, vol. 2, cit., pp. 113, 117-118, 185-194.

régimen trascendental, y en lo que quizá sea el paso más crucial de todo el libro, supone que su funcionamiento sirve para diferenciar y *clasificar* los infinitos grados del aparecer que son compatibles con la configuración lógica de ese mundo¹⁸. Lo que un trascendental hace, en esencia, es ordenar los diversos elementos de su mundo en función de la intensidad existencial: la apuesta fundamental de *Lógicas de los mundos* es que la relación matemática simple del orden asimétrico (es decir, la relación que clasifica cualquier cantidad dada como mayor o menor que otras cantidades) basta, en último término, para organizar la complejidad por lo demás infinitamente ramificada de un mundo. En nuestro ejemplo estadounidense, lo trascendental sería un conjunto de todas esas operaciones difusas que miden los grados relativos del aparecer o la existencia como más o menos estadounidense, disponiéndolos en una jerarquía que abarca de lo mínimamente a lo máximamente estadounidense. El propio Badiou ilustra el argumento pidiéndonos que imaginemos el mundo de una tranquila tarde de otoño en la Francia rural, en el que lo que aparece es un conjunto de elementos familiares y coherentes (hiedra rojiza en una vieja pared de piedra, luz menguante, árboles en la distancia, etc.); estos elementos se unen de modo tan ordenado que la abrupta aparición de un elemento incongruente (por ejemplo, el sonido abrasivo de una motocicleta) hace que éste sólo pueda resonar o parecer literalmente «fuera de lugar».

En los términos más técnicos que Badiou utiliza en su lógica mayor, un trascendental se basa en lo que, en la teoría de categorías, figura como el objeto central (o «clasificador de subobjetos») de un *topos*. Esto define el trascendental de un mundo como un conjunto de grados o «funciones de identidad» que está al menos parcialmente ordenado (de modo que sus elementos pueden relacionarse en función de \geq o \leq) y contiene un grado mínimo y un grado máximo. Una función de identidad mide los niveles relativos de autocoincidencia, por así decirlo. El objeto de dicha función puede coincidir con ella misma máximamente (y así «aparecer» absolutamente) o mínimamente, o cualquier grado intermedio¹⁹. Dadas las operaciones igualmente elementales de conjunción y síntesis, un trascendental puede medir, además, el «reverso» o la negación de cualquier grado X y, con referencia a dos grados X e Y cualesquiera, puede medir lo que tienen en común (el «mayor grado inferior» que comparten) y el grado «global» (o menor grado superior), suficientemente grande como para envolverlos a ambos. En otras palabras, dado un conjunto de grados de autoidentidad, el trascendental de un mundo (o el clasificador de subobjetos de un *topos*) puede subsiguientemente medir el nivel de identidad entre dos grados, en términos que abarcan desde «exactamente igual» a «completamente diferente».

El siguiente paso es demostrar cómo podrían estos grados del aparecer aplicarse o ser indexados a «seres» reales (*étants-multiples*) que pertene-

¹⁸ *Ibid.*, pp. 128, 212-213.

¹⁹ *Ibid.*, p. 252.

cen a la situación, es decir, seres a los que puede considerarse, en línea con la concepción matemática de Badiou de ser en cuanto ser, multiplicidades puras o conjuntos infinitos. La conjunción de un grado de aparecer (o función de identidad) dado y un ser (*étant*) dado es lo que determina un *objeto* específico de un mundo. La idea básica no es complicada: un ser «tendrá una existencia tanto más fenoménica en el mundo cuanto más vigorosamente afirme su identidad en ese mundo». Un ser tiene más probabilidades de perdurar como objeto de un mundo si aparece de modos que le permitan dominar o al menos mantener su compatibilidad con los objetos que lo rodean. Badiou ilustra el argumento de diversos modos, incluida una evocativa descripción de la batalla de Gaugamela en 331 a.C.²⁰. La victoria del ejército de Alejandro sobre la fuerza numéricamente superior de Darío no aparece aquí como el resultado de un tipo de acontecimiento sino como la localización topo-lógica o la especialización de las propiedades objetivas de un mundo. Este mundo de Gaugamela está compuesto por gran número de objetos militares, por ejemplo los carros que ocupan el centro de la línea persa, la caballería desplegada en el flanco derecho de los macedonios, etcétera; cuando estos objetos se confrontan entre sí, su capacidad relativa para imponerse o «afirmar su identidad» en la situación determina, tautológicamente, la intensidad de su existencia relativa. Algunos objetos florecen y brillan en este mundo (la caballería de *Hetairoi* [Compañeros] de Alejandro); otros se desvanecen con rapidez en la insignificancia y la inexistencia (los carros persas).

Correlaciones

La cuestión lógica clave en juego en dicha secuencia puede parecer directa, pero los compromisos ontológicos de Badiou le exigen desplegar un método formidablemente elaborado para responderla él: ¿en qué sentido podemos decir que los objetos que así aparecen en el mundo de Gaugamela son manifestación de los seres múltiples particulares que componen el propio *ser* de ese mundo? Aunque los pasos precisos de la demostración son demasiado técnicos para resumirlos aquí (y en cualquier caso exceden con creces mi propio conocimiento de las matemáticas utilizadas), esencialmente Badiou necesita demostrar que su teoría le permite establecer relaciones formales directas entre los elementos ontológicos específicos de un mundo y los objetos que en él aparecen. Necesita establecer una correlación entre un conjunto dado de elementos y una gama dada de intensidades existenciales. Esto exige a su vez demostrar que todo objeto que aparece contiene componentes mínimos y literalmente fundamentales o «atómicos», elementos cuyo aparecer podría estar directamente prescrito por sus homólogos ontológicos. Si los objetos que aparecen en un mundo pueden descomponerse en esos componentes mínimos e indescomponibles, entonces es lógicamente posible corre-

²⁰ *Ibid.*, pp. 233, 260, 296-305.

lacionarlos directamente con los elementos comparablemente mínimos de un conjunto matemático correspondiente.

No cabe duda de que existe dicha posibilidad lógica. Crucialmente, sin embargo, la teoría de Badiou no ofrece un modo de demostrar que esa correlación es, de hecho, real o efectiva. Que toda prescripción atómica es *real* debe suponerse aquí como postulado puro, lo que Badiou denomina el «postulado del materialismo»²¹. Otro de los ejemplos de Badiou, una descripción del mundo de una manifestación política a medida tal como se despliega en la Place de la République, puede ayudar a ilustrar qué hay en juego. Este pequeño mundo puede incluir grupos de anarquistas y trotskistas, trabajadores postales en huelga, miembros reacios de un sindicato indeciso, observadores irritados, policía agresiva. En la medida en que aparecen como distintivos, de acuerdo con la lógica de Badiou estos grupos u objetos incluirán al menos un elemento atómico que sirva para «ejemplificar» el objeto general, por ejemplo, un anarquista ejemplar cuya apariencia y cuyo comportamiento tipifique lo que es aparecer como anarquista en este mundo: en rivalidad con los comunistas, hostil a la policía y demás. (Badiou presta menos atención a la posibilidad de que todo lo que aparezca como más «típico» de un grupo puede, por el contrario, ser resultado de una dinámica particular en funcionamiento dentro de ese grupo y en torno a él²².) El supuesto de Badiou es que este anarquista atómico es la manifestación material de un elemento ontológico real que pertenece a la situación. En la medida en que aceptamos el postulado del materialismo, a escala atómica parece que, contra cualquier inversión deleuzo-bergsoniana en lo virtual, el aparecer de todo objeto está directamente determinado por la composición ontológica real²³.

Equipado con esta lógica atómica, Badiou se traslada a la tercera tarea de su «lógica mayor»: demostrar que la aparición y la modificación de un objeto en un mundo tiene un «efecto retroactivo» sobre el ser múltiple, que subyace a él²⁴. El objetivo aquí, quizá en los capítulos más difíciles y elusivos de *Lógicas de los mundos*, es proporcionar una descripción formal de lo que le ocurre a un ser múltiple en la medida en que existe y es objetizado en una situación, sobre la infinita multiplicidad que es y más allá de esa multiplicidad. En cierto sentido, la ambición de Badiou es nada menos la de retomar el gran proyecto platónico de reconciliar a Parménides con Heráclito, es decir, la eternidad con el cambio. Para Platón, la cuestión giraba en torno a de qué modo el devenir transitorio podía participar en el ser eterno; la preocupación de Badiou es cómo el aparecer variable podría efectivamente alterar al propio ser. Sabemos que Badiou define el ser de por sí como una «multiplicidad pura», que como tal es «ab-

²¹ *Ibid.*, pp. 231, 264-265.

²² *Ibid.*, pp. 232, 241.

²³ *Ibid.*, p. 265.

²⁴ Véase en particular *ibid.*, pp. 209, 235, 277, 293-296, 303-305.

solamente inmóvil» e «inflexiblemente inmutable»²⁵. El aspecto existencial o aparente de un ser, por otra parte, no es más que variación material constante. Él mismo resumía el fondo del argumento brevemente antes de publicar *Lógicas de los mundos*:

El principal teorema de esta teoría demuestra la existencia de un vínculo crucial entre la aparición y el ser, a saber, la retroacción, en un múltiple puro, de las estructuras trascendentales de un mundo. Usando la lógica relacional pura de los *topoi*, podemos de hecho demostrar que, cuando se ve atrapado en un mundo determinado, un múltiple recibe una *forma* intrínseca. Sin duda, la exploración de esta forma es la parte más difícil de *Logiques des mondes*; al igual que la teoría de la verdad entendida como subconjunto genérico es la parte más difícil de *El ser y el acontecimiento*. ¡Espero, no obstante, que reciba la atención que merece, porque pienso, si se me permite decirlo, que es una teoría bastante hermosa! Demuestra que cada objeto está compuesto por átomos y que cada parte «homogénea» de un objeto puede ser sintetizada (es decir, envuelta por un término dominante)²⁶.

En el caso de nuestro mundo Gaugamela, por ejemplo, puede suponerse que la confrontación de los diferentes objetos de batalla (la caballería disciplinada, los ineficaces carros, los auxiliares mal equipados) tiene un impacto retroactivamente «ordenador» en el propio ser de dichos objetos, disponiéndolos en una jerarquía de eficacia de combate relativa. La idea general es que, en cuanto han sido suturados para aparecer en forma de componente fundamental o atómico, los elementos del ser (es decir, los múltiples puros) tejen relaciones entre ellos mediante los mundos en los que llegan a aparecer, y de ese modo asimilan las estructuras de un trascendental. El resultado es una especie de objetización, un convertirse en objeto, del ser puro en la medida en que aparece de acuerdo con las restricciones lógicas del mundo al que pertenece²⁷. (Volveré a esta explicación de la prescripción atómica y de la retroacción ontológica más adelante.)

Estado de la relación

Esto nos lleva a la última de las cuatro tareas de la lógica mayor de Badiou: explicar el estado lógico de la relación. Como ya se ha señalado, su ontología teórica de conjuntos excluye la relación del ser al concebir cualquier función como el conjunto de elementos que genera, y sigue siendo un punto de principio fundamental que «un ser en cuanto ser [*l'étant en tant qu'étant*] está, en sí, absolutamente irrelacionado». La teoría de conjuntos nos obliga a pensar que «sólo hay multiplicidades, nada más. Ninguna de ellas está, por sí misma, ligada a la otra [...] El ser, pensado como

²⁵ *Ibid.*, p. 377.

²⁶ A. Badiou, «Some Replies to a Demanding Friend», cit., p. 235.

²⁷ A. Badiou, «Philosophy, Sciences, Mathematics. Interview with *Collapse*», cit., p. 13.

tal, de un modo puramente genérico, está sustraído de toda relación». Badiou necesita después explicar cómo es que, «por inconsistente que sea su ser, todos los mundos o las situaciones están implacablemente ligados o relacionados [*lièrs*] en su aparecer²⁸. El núcleo de esta nueva teoría relacional, sin embargo, puede todavía decepcionar a los lectores atraídos por formas de dialéctica más convencionales. La suposición fundamental es que el aparecer o la existencia de un objeto de un mundo no es más que el proceso continuado de su relación consigo mismo. La función de identidad que determina su grado de intensidad aparente es un «morfismo» autorreflexivo, una relación que mide el grado de identidad entre X y X (siempre bajo el supuesto de que esto puede variar entre límites mínimos y máximos). Una X que se identifica plenamente se afirma con intensidad máxima en el mundo en el que habita. Lo que Badiou denomina relación entre dos objetos puede, por lo tanto, ser tratado como mera medida de las intensidades relativas de la autoidentidad de dichos objetos.

De este modo, la relación no sólo se concibe como poco más que una variación en la relación de *orden* elemental (mayor que o menor que), no hay sentido claro en el que pueda calificar, modelar o afectar de otro modo a los objetos relacionados. Una relación de lucha entre dos intereses o clases, por ejemplo, no desempeña aquí una función constituyente en el ser o el devenir de los mismos, sino que principalmente ilustra la diferencia relativa de su intensidad o fuerza «intrínseca». Dicha relación siempre sigue sus términos. Ninguna relación puede aumentar o disminuir el grado de identidad entre dos términos, y «una relación no crea ni existencia ni diferencia» por la simple razón de que es aquí el principio de la identidad en sí²⁹.

De aquí se deduce que las relaciones entre objetos nunca pueden producir más que la mera modificación de un mundo, incluso un mundo tan violento e impredecible como una batalla o una manifestación política. Las relaciones descritas en *Lógicas de los mundos* nunca pueden servir para mediar o influir en el cambio verdadero. Éste sigue siendo reserva exclusiva de un acontecimiento y, como hemos visto, un acontecimiento implica la reevaluación de la intensidad de un objeto singular (lo que parecía mínimamente intenso ahora parece máximamente intenso) antes de cualquier alteración en las relaciones que este objeto nuevamente autoassertivo mantiene con otros.

Calibrar las intensidades

Badiou ilustra su enfoque con un breve análisis de las relaciones entre los habitantes indígenas y los colonos francófonos de Québec. Entendido

²⁸ A. Badiou, *Court traité d'ontologie transitoire*, cit., pp. 192, 177, y p. 200.

²⁹ A. Badiou, *Logiques des mondes. L'être et l'évènement*, vol. 2, cit., p. 327; cfr. pp. 316-317, 345-346.

como mundo, «Québec» es la suma de sus modificaciones internas, un complejo conjunto de seres múltiples cuya importancia existencial relativa ha ido evolucionando constantemente en el transcurso de cuatro siglos. Hay bastante continuidad geográfica e histórica general en esta evolución (por ejemplo, la severidad de los inviernos, la austeridad de buena parte del paisaje, la importancia del río San Lorenzo, la importancia de la herencia lingüística y cultural francesa, etcétera) para permitir a sus habitantes considerar que pertenecen a un mundo específico³⁰. Los grandes conflictos que han tenido lugar en este mundo —entre los pobladores indígenas y los colonos europeos, entre el Imperio francés y el británico; entre la Iglesia católica y la sociedad laica— pueden entenderse entonces en función de la fuerza intrínseca de los objetos enfrentados: por ejemplo, los británicos acabaron siendo suficientemente fuertes como para derrotar a los ejércitos franceses, pero no como para imponer su idioma o sus valores políticos a la población mayoritaria. Badiou sugiere, además, que el resultado de un enfrentamiento violento y prolongado entre los manifestantes mohawk y la policía quebequesa en la ciudad de Oka en 1990 se decidió mediante el conjunto de operaciones que sigue midiendo las intensidades relativas y en evolución de los habitantes del mundo cuestionado que es «Québec».

Aunque a este respecto el enfoque de Badiou tiene el valor de resaltar la cualidad «autocentrada» de cualquier relación, suscita objeciones obvias. En una relación de lucha, la cuestión debe siempre ser, de hecho, qué podemos hacer para fortalecer nuestra posición, organizar nuestros recursos, expandir nuestra gama de opciones estratégicas y demás. Pero ¿qué significaría evaluar la «intensidad» del nacionalismo cultural quebequés sin hacer referencia directa a su larga historia de marginación política a manos de la minoría anglófona? ¿Cómo podríamos entender los modos de «aparecer» actuales de los mohawks en Québec sin resaltar la relación colonial/anticolonial propiamente dicha? ¿Cómo podríamos entender, de lo contrario, la negativa de muchos indígenas a aceptar «Québec» como nombre de *su* mundo? De nuevo, cuando en la década de 1950 el gobierno federal empezó a obligar a los habitantes inuit del norte de Canadá a abandonar su estilo de vida tradicional y adoptar la residencia en comunidades supervisadas por el Estado, ¿cómo podríamos entender las consecuencias existenciales de dicha transición desde un punto de vista no relacional?

Además, la categoría no relacional de lo que Badiou describe aquí como una «singularidad» (la conversión del grado de aparecer de un objeto de mínimo a máximo) garantiza que su concepción revisada de un acontecimiento sufra una simplificación similar a la que caracterizaba el «emplazamiento acontecimental» de *El ser y el acontecimiento*. Dicho emplazamiento es lo que localiza la ocurrencia de un acontecimiento. En el léxico de Badiou, figura como subconjunto de una situación que no tiene nada

³⁰ *Ibid.*, pp. 320-321.

en común con el resto de la situación³¹. Al concebir emplazamiento y singularidad, de hecho, como exclusión pura y simple, sin embargo, Badiou elude, más que ilumina, el compromiso con las relaciones de poder reales que estructuran las situaciones en dominio³². El trabajo político práctico se ocupa más a menudo de personas o de situaciones que no son tanto invisibles o no vistas como infravistas o erróneamente vistas: oprimidas y explotadas, y no simplemente excluidas; no es que no cuenten para nada, sino que cuentan para muy poco. Esta diferencia no es un mero matiz. Como varias generaciones de pensadores emancipadores han sostenido, las formas de poder modernas no excluyen o prohíben meramente, sino que, por el contrario, modulan, guían o intensifican el comportamiento y las normas conducentes a la situación dada; el modelo de poder que parece informar tácitamente la obra reciente de Badiou, por contraste, parece todavía preceder a Foucault, si no a Gramsci.

IV

Además de las preguntas que podrían plantearse a la reductiva teoría de la relación de Badiou, parece haber en la disposición básica de *Lógicas de los mundos* otro problema más destacado. Como hemos visto, el objetivo general de Badiou es describir la conexión entre el ser y el aparecer, de modo tal que podría demostrarse que este último ejerce un efecto retroactivo sobre el primero. El ser puro es el ámbito de la multiplicidad pura propiamente dicha, el ámbito articulado por las matemáticas y sustraído del de los seres materialmente existentes (analizados por la física y las demás ciencias). El ámbito del aparecer, por su parte, se ocupa del modo en el que un conjunto de seres dado puede aparecer en este mundo o en otro: de qué modo puede aparecer un grupo de parisinos de clase obrera, por ejemplo, en el mundo de Napoleón III, o en el mundo de la Comuna, o en el mundo republicano «pacificado» que emerge tras la represión de la Comuna, en la primavera de 1871.

Sin embargo, Badiou da por supuesta, pero no explica, la condición del término medio y mediador: la condición de los *seres (étants)*. Ni la ontología de Badiou ni su lógica parecen proporcionar un lugar claro a la realidad óptica ordinaria. Los que aparecen en nuestros diversos mundos parisinos no son, claramente, ejemplos de ser puro o multiplicidad, sino personas. Dependiendo de la configuración trascendental de su mundo, estas personas pueden después aparecer o existir a modo de trabajadores

³¹ A. Badiou, *Being and Event*, cit., pp. 175, 186. En *Lógicas de los mundos*, lo que «inaparece» es «absolutamente distinto de» (es decir, «no tiene relación con») otros términos de su mundo: A. Badiou, *Logiques des mondes. L'être et l'événement*, vol. 2, cit., pp. 133-134.

³² En consonancia con su insistencia en que las formas de exclusión contemporáneas sirven para «privar a la enorme mayoría de los seres humanos de su visibilidad», Badiou concluye que hoy «no hay mundo» y que «la gran mayoría de la humanidad no cuenta para nada»: A. Badiou, «The Caesura of Nihilism», conferencia pronunciada en la Universidad de Cardiff, 25 de mayo de 2002; *De quoi Sarkozy est-il le nom?*, cit., pp. 71-78.

tranquilos, héroes patrióticos o insurgentes rebeldes, pero en cada caso lo trascendental parece dar por sentado la condición óptica elemental de sus habitantes. Entre el ser de una multiplicidad pura y un aparecer dócil o insurgente hay un abismo sin mediación. El espacio que en otras filosofías podría llenarse mediante una explicación de la realización material o la autorrealización emergente (o cualquier número de alternativas) es un espacio que Badiou, por el momento, prefiere consignar a la contingencia. Si el trascendental de un mundo determina de qué modos pueden aparecer sus objetos, Badiou parece presumir un registro metatrascendental que simplemente *da* a un mundo la materia prima óptica de sus objetos (de modo tal que los objetos pueden definirse como «el estar allí del ser de un ser [*l'être-là de l'être d'un étant*])³³.

A lo largo de *Lógicas de los mundos*, para describir los términos que aparecen como esto o aquello en un mundo dado, Badiou usa, por lo general, el término *étants-multiples*: seres o entidades múltiples. Aunque en general se refiere a las cosas de este modo para evocar su condición estrictamente ontológica (su ser a modo de pura multiplicidad numérica), Badiou parece asumir que puede tratarse, sin más explicación, a estos seres sencillamente *como* individuos materiales o vivientes: por ejemplo, como «animales humanos», o como los habitantes de París. Sabe perfectamente bien, por supuesto, que, dados una multiplicidad o un número puros, no tiene sentido trasladarse de ese número a la aparición de un individuo en un mundo. No hay nada en los números en cuanto números que pudiera distinguir su aparición, en diferentes mundos, en las páginas de un libro, en los registros electorales o en las etiquetas de precios. Badiou sabe que el movimiento sólo puede funcionar en la dirección opuesta: dado un individuo material podemos pensar en el ser puro de su ser-presentado (es decir, su ser contado como elemento de un conjunto), pero no podemos derivar qué hace que un ser sea *un ser* (o *este ser*) a partir de su mero ser³⁴. Sin embargo, no ofrece explicación acerca de qué hay implicado en este «*étant-donné*»; y en ausencia de cualquier explicación de la entidad o *étant* sólo podemos basarnos en lo que aparece como dado o *donné*. Como sostiene el filósofo y físico argentino Gabriel Catren, si el objetivo de Badiou aquí es el de desarrollar una filosofía que pudiera rivalizar con el sistema metafísico de Hegel, lo que permanece ausente es todo sustituto de la mediación que permite a Hegel trasladarse (mediante la «inquietud» ontológica de la propia realidad material y después histórica) del ámbito abstracto de la lógica pura a los dominios más determinados de la naturaleza física o de la comunidad política. Badiou no piensa todavía la existencia como simple categoría lógica sino como algo de hecho determinado o efectivo, como *wirklich*³⁵.

³³ A. Badiou, *Logiques des mondes. L'être et l'évènement*, vol. 2, cit., p. 255.

³⁴ Véase A. Badiou, «Some Replies to a Demanding Friend», cit., p. 233.

³⁵ Gabriel Catren, carta al autor, 12 de junio de 2005.

En la medida en que carece de explicación para este proceso o término mediador, el análisis planteado por Badiou de la retroacción del aparecer sobre el ser parece lógicamente riguroso y materialmente indeterminado. En la medida en que los *étants-multiples* son tratados como múltiples y no como entidades, los vacía de cualquier dimensión óptica; una alteración en el aparecer de un *étant* puede, por lo tanto, referirse de inmediato a elementos del conjunto numérico que supuestamente presenta el ser puro de este *étant*, pero no hay más razón para suponer que esto pudiera tener consecuencia alguna sobre la configuración material, efectiva o real de este ser (su devenir como entidad determinada) que para creer que pudiéramos derivar cierto conocimiento de *un* ser a partir de su ser.

Cuando se lo presiona respecto a este punto, Badiou explica que «lo afectado por la “colocación” de un múltiple en un mundo es precisamente la inconsistencia del ser en sí»³⁶. La ecuación de ontología y matemáticas planteada por Badiou garantiza, de hecho, que todo lo que pueda decirse sobre el ser puro se sustraiga o abstraiga de lo que pueda decirse de los seres reales. Pero dado que la inconsistencia del ser se sustrae también del propio discurso de la ontología (que tan sólo puede presentar consistencias), y dado que la condición ontológica de la inconsistencia es en sí la de una implicación pura (la suposición de que, antes de presentar consistencias, lo que así se presenta es inconsistente en sí), la posterior correlación de Badiou entre el ser y el aparecer garantiza también que el efecto retroactivo ejercido por el último sobre el primero, bajo la condición del «postulado del materialismo» del autor, pudiera mejor no calificarse de meramente inmaterial sino de simplemente esotérico.

De ahí el efecto peculiar y perturbador de la afirmación de Badiou de haber revivido la dialéctica materialista. Por una parte, *Lógicas de los mundos* es un trabajo de enorme ambición y amplitud, de notable matiz conceptual y complejidad. Al añadir la dimensión «fenomenológica» y «objetiva» a su sistema, Badiou puede afirmar con razón que ha abordado muchas de las cuestiones planteadas a su ontología extramaterial. Sería un error, sin embargo, suponer que la complejidad en ocasiones arcana de la lógica de Badiou atenúa en sentido alguno el compromiso fundamentalmente platónico del filósofo con la abstracción y la simplificación. Por el contrario, es precisamente para compensar las consecuencias de sus concepciones fervorosamente simples si no simplistas del ser (sin seres), del aparecer (sin percepción), de la relación (sin relación), del cambio (sin historia), de la decisión (sin alternativas), de la excepción (sin mediación), por lo que Badiou debe desarrollar una teoría tan elaborada y laboriosa de los mundos lógicos.

³⁶ Alain Badiou, carta al autor, 3 de junio de 2007.

En el transcurso de los pasados cuarenta años, Badiou nunca ha cedido en su compromiso revolucionario esencial, pero el desarrollo de su filosofía sugiere una moderación de sus expectativas. En sus obras iniciales, la erupción de la inconsistencia (en forma de insurrección masiva) figuraba como fuerza evanescente pero directamente histórica, y el proyecto de hacer el Estado «en ambos sentidos» tenía un objetivo literal e inmediato. En *El ser y el acontecimiento* desarrolló una ontología que aceptaba el Estado como dimensión irreducible del propio ser: la consistencia se impone tanto en el plano estructural como en el plano «metaestructural» de una situación, y la verdad evade la autoridad del Estado pero no puede eliminarla. En *Lógicas de los mundos* va todavía un poco más lejos, al admitir que el proceso mismo de aparición del ser garantiza que éste debe siempre aparecer como consistente. El resultado es que la «inapariencia» acaba sirviendo como el criterio, de hecho, del compromiso y la verdad. En un mundo estructurado por la acomodación y la traición, el lema de Badiou se ha convertido, de hecho, en: confía sólo en lo que no ves.

La concepción de la verdad política planteada por Badiou tiene el gran mérito de distinguir entre las secuencias específicas y el juego ordinario de la dominación social, y de encaminarlas por esos momentos ocasionales que se estructuran en función de la simplicidad suprema de un «sí o no», «a favor o en contra». Este movimiento, que sitúa a Badiou en una tradición prescriptiva que incluye a Rousseau y Sartre (así como Césaire, Fanon, Freire, entre otros), es seguramente esencial para cualquier teoría política digna de ese nombre. La tarea sigue siendo la de garantizar que estos momentos decisivos no se debiliten debido a la simplificación o la abstracción excesivas. Esto exigirá una ontología profundamente relacional. Nos exigirá también que demos primacía a la historia y no a la lógica como dimensión más fundamental de un mundo, y que defendamos una teoría del sujeto equipada no sólo con verdad y cuerpo sino también con determinación y voluntad política. Puede exigírnos, además, que nos tomemos en serio el hecho de que, en algunos casos –con respecto a algunos «puntos» de un mundo–, puede haber más de una forma de decir sí.

En la década de 1950, cuando trabajaba en su propio sistema dialéctico de la historia y la subjetividad, Sartre seguía insistiendo en que el valor del marxismo radicaba en su capacidad de ayudar a las personas a conseguir controlar la dirección de sus vidas materialmente constreñidas y acuciadas³⁷. Con el segundo volumen de *El ser y el acontecimiento*, Badiou ha dado pasos que pueden recordar a los lectores sus raíces sartreanas. El libro empieza con una explicación de la «incorporación» militante en una verdad partidista y acaba con una redefinición de la propia vida. Es, sin embargo, más difícil entender cómo esta explicación podría califi-

³⁷ Jean-Paul Sartre, *Search for a Method*, Nueva York, 1968, p. 89.

carse de materialista o dialéctica, excepto en relación con la orientación todavía más inmaterialista o excepcionalista del primer volumen. Entonces como ahora, la principal preocupación de Badiou no es tanto la restricción material como el exceso excepcional, no tanto la negación determinada como la reevaluación abrupta, no tanto la mediación como la sustracción inmediata. Su obra más reciente es, en gran parte, una teoría rigurosa y estimulante de la consecuencia lógica; el grado en el que su orientación sustractiva amenaza con hacer esta teoría materialmente inconsecuente es una cuestión que probablemente divida a sus lectores durante bastante tiempo.